

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 10 de Junio de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA
DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXX.

Después del esplendente cuadro que acabamos de trazar, lo natural es que á cualquiera se le ocurra la siguiente pregunta: ¿qué géneo malféfico pudo influir en la suerte de esta monarquía para una tan dolorosa transformación? la contestación no pudo ser más sencilla, ni tampoco más elocuente: todo estuvo en la política de sus monarcas, fatalmente secundada, y aun exaltada por una serie de gobiernos á cual más funesto; política levantada por lo que tiene de deslumbradora bajo la más hermosa de las apariencias; pero pequeña y repulsiva por cuanto á ella iba ligado el sacrificio del porvenir; política, tiránica y opresiva en el interior, invasora y agresiva en el exterior.

Una vez iniciada la causa, estudiemos sus desenvolvimientos en cada uno de los periodos que forman los reinados de Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, que componen el plan de este trabajo.

Cuando el hijo de Carlos I subió al trono, todo parecía presagiarle un porvenir dichoso, y la fortuna, que según su padre, no quiere á los viejos, mostrósele risueña, brindándole protección á sus empresas. Ya no tenía que contener á la Alemania; disponía de las fuerzas de la Inglaterra, y la Francia, agitada por sus disensiones intestinas no se hallaba en estado de oponerse á sus proyectos, no menos ambiciosos que los de aquel; la Europa toda lo miraba con respeto; todo pues sonreía en torno suyo; la gloria y la fortuna le hacían el monarca más feliz de la tierra, y el más querido de sus pueblos. Felipe II, católico por convicción, abrazó la causa de la Iglesia en su lucha contra los novadores, y esto bastó para que los españoles le mirasen como la columna de la religión. No sólo le amaban y lo veneraban, dice Contarini, sino que lo adoraban, y temerian ofender al mismo Dios si contraviniesen á sus mandatos. A su vez Felipe II reverenciaba á los sacerdotes como los legítimos representantes de la Divinidad. No es este vuestro sitio ni el mio, dijo un día á cierta dama de la corte que se había adelantado sobre las gradas del altar. Frecuentemente se le veía besar la mano del sacerdote, á quien había oído la misa; y gastaba cantidades considerables para comprar reliquias en los

países declarados protestantes, con objeto de sustraerlas de toda profanación. Sin embargo, no siempre fué perfecta la armonía de sus sentimientos con el ideal de tales demostraciones.

De todos modos, ellas hicieron que la Europa le mirase como el símbolo del catolicismo, al mismo tiempo que de la fortaleza. El veneciano Paolo inspirado en la identificación de sentimientos y de miras que unía al monarca con sus pueblos, conociendo sus tendencias avasalladoras y su sed de gloria y de conquista, no tuvo reparo en declarar que la España encadenaría la Europa y el Africa, y convertiría á Paris en una aldea. Algo de esto había formado parte de los proyectos de Carlos I; pero la traición de Mauricio de Sajonia y el mal éxito del sitio de Metz fueron dos golpes que abatieron el ánimo del gran emperador, enseñándole que la ambición tiene sus límites, y le prepararon el camino del monasterio de Fuste. La lección fué grande, pero Felipe II no supo ó no quiso aprovecharse de ella, y como su padre á los principios, solo pensó en el imperio del mundo; perenne ideal que le acompañó hasta el sepulcro, en pró del cual no hubo esfuerzo ni intriga que no empleara, ya ayudado por sus naves y sus ejércitos, ya fomentando la discordia entre naciones amigas, ó las turbulencias religiosas de Francia y de Inglaterra, en la esperanza de reinar un día sobre ambos países, ayudado por el partido católico. Sus embajadores en Paris y en Londres obraban constantemente dentro de esta mira y llegaron á obtener numerosos partidarios del rey de España. Su casamiento con la infanta Maria; la oferta que hizo de su mano, después de muerta aquella, á Isabel de Inglaterra; sus esfuerzos para sublevar contra ella al partido católico al ver se desairado por esta reina; los socorros concedidos á los partidarios de Maria Stuart; y por último la formidable expedición contra aquella potencia, son la prueba más evidente de sus intentos sobre la Gran Bretaña.

En Francia sostuvo por espacio de treinta años al partido de los Guisas con intención de dominarlo y suplantarlo después de la victoria; y cuando el último de los Valois siguió en la tumba al duque Enrique de Guisa, Felipe II se presentó como candidato de la corona á los Estados generales reunidos en Paris. si bien después, temeroso del mal éxito, hizo proponer á su hijo, renovando en cambio sus pretensiones al ducado de Borgoña, como descendiente de Carlos el Temerario, y á la Provenza como heredero de los condes de Barcelona.

No pararon aquí sus aspiracio-

nes: en su sed ardiente de dominio pensó en el Portugal; quiso llevar su influencia hasta los Estados escandinavos, desmembrando la Dinamarca y hacerse dueño del estrecho del Sund, de la Islanda y de Jutland. Cuando la corona de Polonia se hizo electiva, estinguida la dinastía de los Jagellous, no cesó de turbar á este reino con sus intrigas, ya para impedir la elección de Enrique III, ya para escitar al rey Estevan Bathori á declarar la guerra á Dinamarca, y ya para atraerse á Segismundo III, de quien esperaba le auxiliase contra la Holanda, con oferta de ayudarle por su parte á reponerlo en el trono de Suecia. Para facilitar las comunicaciones entre Italia, España y los estados del emperador de Alemania, su pariente y aliado, concluyó un tratado de alianza con los cantones católicos de la Suiza, y les concedió la libertad del comercio con el Milanésado. Los cantones suizos, por su parte garantizaron al rey la posesión de esta provincia, y se obligaron á enviarle tropas para defenderla, ya contra los franceses, como de cualquiera otro enemigo. Desde entonces la influencia de Felipe II se extendió sobre todos los cantones que aun permanecían adictos al catolicismo, y desde entonces tambien se empezaron á tomar á sueldo regimientos enteros de suizos mercenarios.

El Africa fué tambien objeto de las miras de engrandecimiento de Felipe II, á que le abría camino sus luchas con los turcos, teniendo constantemente su vista fija sobre los costas de Berberia. Argel, Túnez y Trípoli fueron amenazadas por sus armas; y acaso meditaba la conquista de los reinos de Fez y Marruecos, ó al menos así lo daba á suponer, pues entretenia en su corte al rey destronado Muley-Mohamed, para oponerle un día al usurpador Muley-Moluc. Fiel á aquella sentencia de su padre: *más adelante aun*, Felipe II quiso convertir el mundo poco menos que en campo de conquista, imponiendo á los pueblos sus creencias religiosas para someterlos después á su autoridad por medio de la fuerza. En algunas medallas de su tiempo se ve grabada su efigie, y en el reverso, el carro del sol tirado por caballos alados, y encima una corona real con esta inscripción: *Jam illius trahit omnia*.

Júzguese ahora lo que costaría semejante política; los tesoros de la América pasaban por España, como el arroyo corre por su cauce para ir á derramar en lejanos rios. Así se abandonaba la cosa solariega, para ir á edificar sobre el terreno movedizo de la fortuna! ¡Cuanto más hubiera ganado la nación con que este oro y aquellos cuidados, hubieran sido todos para ella!

MANUEL GONZALEZ.

CABELLOS TEÑIDOS.

Los hombres encanecen antes que las mugeres, porque se cortan el cabello frecuentemente, lo que ellas no hacen. Es indudable que si los hombres no se hicieran cortar sus cabellos tardarian mas en encanecer. Esta observación pudo comprobarse en el último tercio del siglo XVIII y primeros años del actual, cuando en vez de cortarlo los metian en las bolsas. Un célebre médico contemporáneo pretende, que lo que dá color á los cabellos, es una sustancia ferruginosa, y que las canas carecen de dichas sustancias. El mismo profesor asegura que, muchas canicies prematuras, las ha hecho desaparecer con píldoras compuestas con la base de hierro.

Buffon dice en una de sus mejores obras que el color rojo de los cabellos, no es más que el negro muy exaltado, y que el rubio, es el blanco colorado de un poco de amarillo y por lo tanto el mas distante del rojo. Esta observación del sabio é inmortel naturalista la tienen bien comprobada los peluqueros inteligentes.

La invención del arte de teñir los cabellos se remonta á la mayor antigüedad.

Los anales mitológicos atribuyen á Medea esta invención tan extendida después por las costumbres de todos los pueblos.

En este, como en otros muchos asuntos, el trascurso de los tiempos solo ha servido para olvidar los conocimientos que existian en la materia.

Se tiene por indudable, que los antiguos pueblos del Asia conocian procedimientos tan eficaces como inofensivos para teñir sus canas, procedimientos y fórmulas que han desaparecido por completo.

Por regla general, todas las sustancias que hoy se emplean para teñir los cabellos, tienen por base las sales metálicas, perjudiciales sin escepción para la salud. De poco sirve que el comercio las anuncie casi siempre con el falso título de tinturas vegetales, pues analizadas y probadas resulta palpablemente el engaño.

Un periódico diario de gran circulación, anunció hace poco tiempo, bajo la garantía de uno de los hombres de ciencia más competentes en esta materia, que dos individuos muy conocidos, el uno por pertenecer á una familia de la más elevada jerarquía, y el otro por ser farmacéutico de fama envidiable, y por cierto autor de una tintura que lleva su nombre, habían fallecido á consecuencia del abuso en el tinte de sus cabellos, empleando sustancias compuestas con sales metálicas.

Por fortuna va pasando la moda de esta mala costumbre, y de cada día son menos los que recurren á este artificio para procurar ocultar su canicie, y decimos para procurar por que pocos ó ninguno lo con-